



Anuario del Instituto de Historia Argentina, mayo – octubre 2025, vol. 25, núm. 1, e232. ISSN 2314-257X
Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación IdIHCS (UNLP-CONICET)
Centro de Historia Argentina y Americana

Reseña de Perrone, N. (2023). *El último jesuita de la provincia del Paraguay. Análisis de la correspondencia inédita de Diego León Villafañe (1799-1828)*. Buenos Aires: Editorial SB, 332 páginas, ISBN 978-987-8918-11-2

Fernando Gómez
Instituto Ravignani, (UBA – CONICET) /
Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina
fedagofe@gmail.com

Recepción: 24 Febrero 2025
Aprobación: 10 Marzo 2025
Publicación: 1 Mayo 2025

Cita sugerida: Gómez, F. (2025). [Revisión del libro *El último jesuita de la provincia del Paraguay. Análisis de la correspondencia inédita de Diego León Villafañe (1799-1828)*, por N. Perrone]. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 25 (1), e232
<https://doi.org/10.24215/2314257Xe232>



La obra de Nicolás Perrone es un libro particular. Se trata de una pieza que contiene distintos registros de escritura. Comienza con un prólogo de Guillermo Wilde, uno de los actuales especialistas en el análisis de las comunidades guaraníes que formaron parte del esquema de poder jesuita en las misiones. A este prólogo le sigue una introducción del autor donde se traza un panorama general de las circunstancias que atravesó la orden jesuítica a finales del siglo XVIII y principios del XIX y una descripción en particular del caso específico analizado. Luego encontramos el corpus más grande del libro que comprende una serie notable de correspondencia de Diego León de Villafañe, como indica el título el “último jesuita de la Provincia del Paraguay”. Las cartas van desde octubre de 1799 hasta agosto de 1825. En total son 148 y tienen como principal destinatario a Ambrosio Funes, miembro de la elite cordobesa y, lógicamente, parte de los grupos filo-jesuíticos entre los que se mueve Villafañe. Las misivas fueron halladas en su gran mayoría en el Colegio del Salvador de Buenos Aires dentro del Archivo de la Provincia Argentino-Uruguaya de la Compañía de Jesús. Las restantes pertenecen al Archivo General de la Nación.

De este modo, se trata entonces de un libro que constituye una herramienta para futuros trabajos. Las fuentes surgidas de la correspondencia se ven asimismo enriquecidas por la constante presencia de la voz del autor a partir de numerosas citas a pie de página. Estas citas permiten situar con precisión distintos procesos históricos que se mencionan en las misivas, también suman información sobre personalidades del pasado y sobre distintos pasajes bíblicos y otros escritos a los que se alude. Su lugar es clave dado el tipo de escrito que acompañan en la medida que las cartas tienen incontables implícitos que el escritor, en este caso Villafañe, da por descontado que conoce el receptor.

Asimismo estas cartas tienen una especial relevancia por el contexto en el que se inscriben. Dicho contexto es abordado por Perrone en su texto introductorio. El lector del libro reconstruye de la mano del autor un proceso interesante como fue la expulsión de la Orden y la consiguiente prisión y remisión a Europa de los jesuitas que se encontraban en el Río de la Plata. El gobierno español les otorgó una pensión para su sustento que fue más bien magra y en 1797 les permitió retornar a sus lugares de origen para evitar la erogación. Sin embargo, en 1801 se arrepintió de la medida y volvió a expulsar a los padres. Aquí comienza una coyuntura clave puesto que Villafañe va a evadir esa segunda expulsión en forma exitosa, con el apoyo de cierta parte de la elite tucumana y cordobesa. El autor indica que todo este tiempo que vive en forma irregular no atenta contra la identidad jesuita de Villafañe quien incluso promueve ejercicios espirituales entre la población. En sus distintos exilios se mantiene una constante: Villafañe escribe sin reparos, es hábil en la materia y las circunstancias le demandan la escritura. Los jesuitas expulsos tienen el hábito compartido de la escritura en forma permanente y él no es la excepción.

De este modo, con sus consecutivas cartas, la personalidad abordada permite a su vez abrir una ventana a las críticas coyunturas. Primero la doble expulsión de la orden, luego la Revolución de Mayo y el inicio de la guerra revolucionaria en el Río de la Plata. Villafañe nació en Tucumán en 1741 y pertenecía a una de las familias de la elite local. Como tal, no es extraño su recorrido de estudios en el Colegio de Monserrat de la ciudad de Córdoba y su posterior ingreso en la Universidad donde conoció íntimamente al destinatario de la mayor parte de las cartas, Ambrosio Funes. Desde allí partió al exilio en 1767 y recién volvió al Río de la Plata en 1799. Falleció en Tucumán en 1830. Las cartas pertenecen a este último período en América. A pesar del posicionamiento desde su patria, tal como refiere Villafañe a Tucumán, encontramos que las cartas tienen cierto marco universal que evidencia una circulación de las noticias muy desarrollada y la inscripción del autor como un “hombre de mundo”.

El registro de la correspondencia merece igualmente algunos reparos. Las cartas son un género particular. Permiten al lector subsumirse en el mundo de lo privado, aquello que el narrador, Villafañe, transmite en forma directa y buscando interpelar a su destinatario. Esa voz cercana, que el lector percibe en la medida que parece estar ocupando el lugar del receptor privado, lleva por momentos a pensar que se está ingresando en un nivel del discurso donde las aseveraciones parecen ser genuinas y las especulaciones acotadas, puesto que no es un discurso público. En dos direcciones ello no deja de ser en cierto modo una ilusión. Por un lado el lector no es el destinatario, no es Ambrosio Funes si pensamos en el principal destinatario de la mayoría de las cartas. De este modo no va a poder interpretar algunos pasajes y el esfuerzo por recuperar los subterfugios y el entrelineas propios de los pliegues de estas formas de comunicación

siempre van a tener un límite. Por otro lado, el propio Villafañe tiene intereses concretos que no siempre son transparentes y, en muchos casos, sigue el juego de la política del momento. Es decir la política en tiempos coloniales, cuando el disenso no estaba permitido. Tiempos donde para ciertos análisis de notables historiadores por esto mismo no hay política. Esto ha sido discutido y recientemente se ha avanzado en pensar los tiempos coloniales como un campo donde se *hace política*, justamente a partir de testimonios como los tantos que plantea el libro.

Como indica Wilde en el prólogo, la expulsión de los jesuitas de todo el imperio español ocurrida a partir de 1767 es un episodio clave en la historia. Para comprender su dimensión debe reponerse el lugar central que tenía la iglesia en el orden social vigente pero también el papel de la orden al interior de la misma. Los enigmas que se desataron en torno a la disposición de la monarquía se tejieron a partir de la oscura fundamentación esbozada por Carlos III. Sin embargo los análisis que se han producido desde el momento mismo han evidenciado una serie de cuestiones insoslayables para buscar comprender la medida que en términos generales las vinculan con la concentración del poder que la monarquía borbónica dispuso en vías de fortalecerse pero al mismo tiempo evidenciando múltiples falencias que la atravesaban. El libro permite adentrarse en esta coyuntura y asimismo reposicionar al Río de la Plata en el marco global de la monarquía como una región remota que, si bien estaba creciendo en trascendencia a partir de la atlantización de la economía global, no dejaba de ser un bastión aislado y lejano. La propia distancia y el lugar relegado que ocupaba la región fue quizás entonces un privilegio que Villafañe supo explotar para evadir el control real y evitar su regreso al viejo continente. De este modo, la posibilidad de evitar la ejecución de las medidas reales se debe comprender entonces también a partir de la larga historia colonial de la región del Tucumán. Desde la llegada de los primeros adelantados el Tucumán se vio beneficiado por ser un espacio de frontera del imperio. Un lugar marginal al centro político ubicado en Lima pero también marginal del centro económico del Alto Perú que se nucleaba alrededor de la economía potosina.

Tucumán cobraría mayor trascendencia por su estratégica ubicación en el camino que se iba a trazar años más tarde entre Potosí y Buenos Aires, futura capital del Virreinato del Río de la Plata. Sin embargo las elites locales no perderían el poder que las caracterizaba. Este fue quizás el paradójico beneficio que obtuvieron en el marco de los perjuicios relativos que significaron las reformas borbónicas que la iban a relegar al nombrar como capitales de intendencia a Córdoba y a Salta. La elite tucumana padecería entonces menos competencia de las nuevas burocracias imperiales que trajeron tantos beneficios como trastocamientos en el orden social jerárquico de las ciudades a las que arribaban.

Villafañe puede ser pensado como un vector que nos lleva a atravesar la época colonial y revolucionaria. Una línea de continuidad en las formas de tejer relaciones interpersonales y políticas que pone en evidencia no solo la importancia de la política en momentos previos a la Revolución de Mayo sino también las continuidades que iba a tener la política revolucionaria. Justamente que sea un religioso no es menor: la religión fue una de las formas de pensar la política que mayor peso tuvo en los tiempos revolucionarios. Las fundamentaciones del poder van a ser religiosas, el lenguaje de los nuevos líderes va a tener componentes religiosos y, sobre todas estas cuestiones, las formas de creer en los nuevos proyectos políticos se van a construir sobre las formas de creer religiosas. No es menor que Villafañe haya estado presente en Tucumán en el marco de la batalla que tuvo lugar el 24 de septiembre de 1812, entre el ejército enviado desde Lima al mando de Goyeneche y las fuerzas conformadas por las milicias locales y el ejército de Buenos Aires liderado por Belgrano. En las cartas que envía en ese crítico momento da cuenta de la incertidumbre y las cavilaciones de la elite tucumana para adherir a la causa de la Revolución porteña. Sin embargo, es más interesante aún como desarrolla y potencia la fundamentación de la victoria en la Batalla de Tucumán a partir de la mediación de la Virgen de la Merced dando cuenta de la importancia de comprender y explicar lo que ocurre a partir de las creencias religiosas.

Finalmente, el libro cierra con una bibliografía actualizada. Lo que no es extraño si sumamos que, tal como lo aclara al comienzo el autor, el análisis de estas fuentes es parte del trabajo que desplegó para su tesis doctoral. Dicha tesis, dirigida por Wilde, analizó la trayectoria de Diego León de Villafañe en forma detenida para buscar echar luz sobre las redes filo-jesuiticas que se tejieron en el Río de la Plata y desde aquí

con otras regiones. Los aportes de la obra son trascendentes en la medida que es una clara invitación a continuar explorando y explotando los relatos de Villafañe.

Antes de cerrar esta reseña, entre las deudas que ha dejado la obra podemos mencionar que la lectura consecutiva de las cartas, siguiendo el propio derrotero cronológico de escritura de las mismas, puede generar en el lector cierta sensación de vacancia en el análisis. Así, entendemos que el libro se hubiese beneficiado con una mayor presencia de la voz del autor puesto que conoce a Villafañe y, como indicamos, en cada cita a pie despliega una notable erudición. Sin embargo, las páginas dedicadas al análisis global son escasas y hubiese sido enriquecedor un capítulo final de cierre con un balance analítico que permita dimensionar con mayor precisión la significación de las cartas que se terminan de leer.